

INVENCIÓN
CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

Margo
Plantz

INVENDACIÓN CASTÁLIDA

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

NÚMERO 8

CARMEN LÓPEZ-PORTILLO ROMANO

RECTORA

MORAMAY HERRERA KURI

DIRECTORA

LUIS TORRES ACOSTA

DANIEL RODRÍGUEZ BARRÓN

EZRA ALCÁZAR

JONATHAN MINILA

EDITORES

MARGO GLANTZ

ADOLFO CASTAÑÓN

MARIO BELLATIN

RAFAEL TOVAR LÓPEZ-PORTILLO

LUIS ALBERTO AYALA BLANCO

HERNÁN BRAVO VARELA

ANA GARCÍA BERGUA

PABLO RAPHAEL

CONSEJO EDITORIAL

CAROLINA ALCO CER

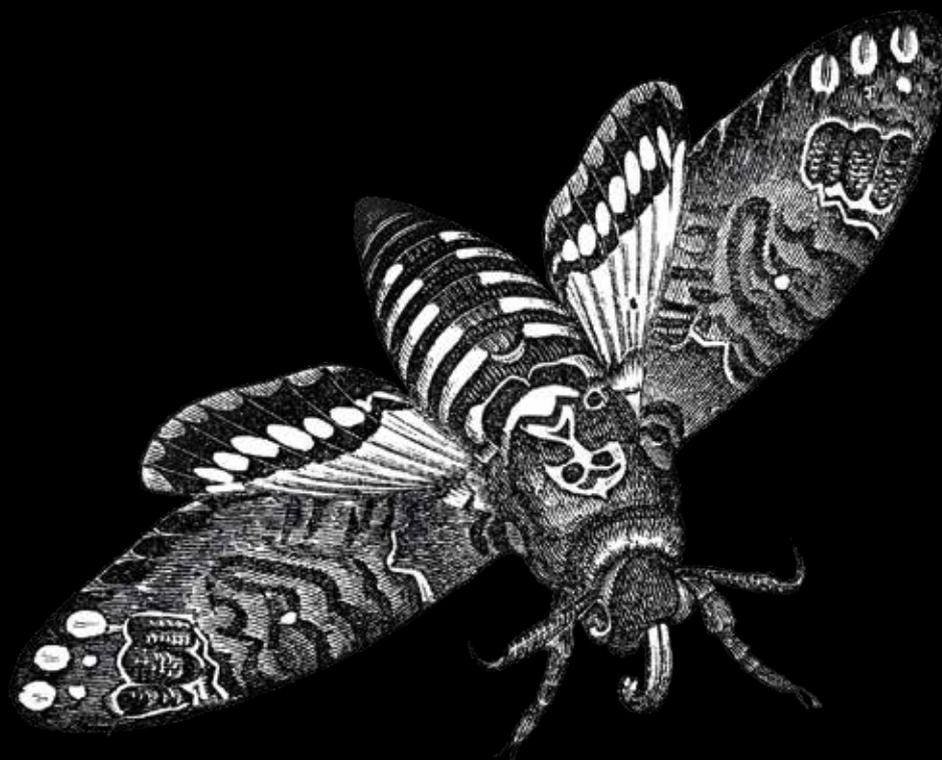
DISEÑO

MORAMAY HERRERA KURI

FOTOGRAFÍA

difusioncultural@elclauastro.edu.mx

CORREO ELECTRÓNICO



Queda estrictamente prohibida la reproducción total o parcial de los contenidos e imágenes de la publicación sin previa autorización por escrito de la Universidad del Claustro de Sor Juana.

LA UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA, Año III, No. 6, mayo, 2018, es una publicación trimestral editada por la Universidad del Claustro de Sor Juana, A.C., calle San Jerónimo 47, colonia Centro, delegación, Cuauhtémoc, C.P. 06080, Ciudad de México. Tel. 5130.3300, www.elclauastro.edu.mx, mkuri@elclauastro.edu.mx Editor Responsable: Moramay Herrera Kuri Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2017-020119310600-102, ISSN: en trámite. Licitud de Título: en trámite, Licitud de contenido: en trámite, ambos otorgados por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa por Master Copy, S.A de C.V., calle Plásticos, No. 84 local 2 ala sur, Fracc. Industrial Alce Blanco, Naucalpan de Juárez, C.P. 53370, Estado de México. Este número se terminó de imprimir el 23 de noviembre de 2018 con un tiro de 1000 ejemplares.



INUNDACION
CASTÁLIDA
REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD
DEL CLAUSTRO
DE SORJUANA



Contenido

•
4

EDITORIAL

•
9

LAS GENEALOGÍAS
MARGO GLANTZ

•
15

CALZAR A MARGO,
SEÑORES, ES SEÑAL
DE DESAFÍO
SARA POOT HERRERA

•
19

ESCRIBIR
CON ZAPATOS
ANA GARCÍA BERGUA

•
24

EN VEZ DE UN
HOMENAJE, UNA
ZAPATERÍA PARA
MARGO GLANTZ
ELENA PONIAKOWSKA

•
30

NOS CAEN A NOSOTROS
SIN PIEDAD
MYRIAM MOSCONA

•
32

LEER A MARGO,
NO SUS LIBROS SINO
A ELLA
KARIM GARAY VEGA

•
34

APARICIONES
MARCELA RODRÍGUEZ

•
37

Y POR MIRARLO
TODO, NADA VEÍA
DE MARGO GLANTZ
CARMEN BEATRIZ
LÓPEZ-PORTILLO

•
42

YO ME ACUERDO
MARGO GLANTZ

•
44

MI AMIGA MARGO
MÓNICA MANSOUR

•
47

LAS PERLAS
DE MARGO
ANTONIO MARTORELL

•
48

**LA DAMA DE LA MANO
EN LA MEJILLA**
MARÍA JOSÉ RODILLA LEÓN

•
51

MARGO
CRISTINA BARROS

•
52

**EL DESEO DE ESTAR
AL TANTO DE TODO**
FABIÁN BUELVAS

•
56

**ESTAS RUINAS
QUE VES...**
MARGO GLANTZ

•
58

VIAJES
MARGO GLANTZ



Editorial

Por tercera vez, *Inundación Castálida* va a la FIL de Guadalajara. La FIL ha sido nuestra madrina y nuestra casa, y a ella volvemos cada año para acompañarla en su viaje, ahora por Portugal.

Así como se encuentra al borde del mar, la literatura portuguesa es la historia secular de una nación al borde del abismo. Su obra nunca ha sido complaciente, sus autores —hombres y mujeres— tienden a arriesgarlo todo para decir su verdad. De Camoes a Lobo Antunes, la literatura portuguesa vive en permanente lucha, sus autores nunca decepcionan, labran no una literatura sino una llaga, quien entra a Portugal a través de su literatura, ha de saber que llevará para siempre una hermosa cicatriz.

Por otro lado, rendimos un homenaje a la escritora, la magnífica, la irreverente, la espléndida, la talentosa Margo Glantz a quien la Universidad del Claustro, le ha concedido la Presea Sor Juana por muchas razones, entre ellas porque Margo, es una de las mejores sorjuanistas de nuestro país, pocos como ella han ahondado tanto en la obra y la vida de nuestra monja; pero no sólo eso, Glantz forma parte de una generación que marcó con su obra el siglo XX mexicano: reunidos, con frecuencia, en la cafetería de su padre, Monsiváis, Sergio Pitol y José Emilio Pacheco mostraban que, literariamente, habíamos heredado el mundo y teníamos derecho a participar en él. Su generación, entre ellos, el recientemente fallecido, Fernando del Paso, nos elevó, como quería Alfonso Reyes, a contemporáneos de todos los hombres.

Agradecemos infinitamente el apoyo y las solidaridades que tuvimos para poder hacer este número. Gracias a Alina y Renata por las maravillosas fotos de Margo, a Inka Martí por sus invaluable consejos, a la doctora Sara Poot Herrera por su gran ayuda, a los queridos amigos de Margo por sus entrañables textos, a Pablo Raphael, Roberto Abuín y a Luis Alberto Ayala Blanco por todas las asesorías portuguesas sin las cuales este número no hubiera sido posible.









Las genealogías

(fragmento)

• Margo Glantz •

XXXV

Cuando era yo muy niña mi padre usaba barba; parecía un Trotski joven. A Trotski lo mataron, y si acompañaba yo a mi padre por la calle la gente decía: “Mira, ahí van Trotski y su hija”. A mí me daba miedo y no quería salir con él. Antes de morir Diego Rivera le dijo a mi papá: “Cada vez te pareces más a aquél”. Mis padres coinciden en que el ruso de Rivera era imperfecto pero muy sugestivo a pesar del mal acento.

En enero de 1939 mi padre fue atacado por un grupo fascista de Camisas Doradas que se reunieron en la calle 16 de Septiembre, donde mis padres tenían una pequeña *boutique* de bolsas y guantes llamada Lisette. La barba, el tipo de judío y quizá su parecido con Trotski hicieron de Jacobo Glantz el blanco perfecto para una especie de *pogrom* o linchamiento. Trataron de colocar a mi padre sobre la vía del tren para que éste le pasara encima, mientras otros arrojaban piedras y gritaban insultos tradicionales. Mi padre pudo escapar ayudado por algunos transeúntes asombrados, entrar a la *boutique* y subir al tapanco. El hermano de Siqueiros, que pasaba por allí y entraba a saludar a mis padres (vendía por entonces grabados de su hermano), se colocó en la puerta con los brazos extendidos y gritó: “Péguenme a mí”. Mientras, mi madre que, como ella dice, no parecía judía por su pelo negro (“entonces no tenía canas”), pudo salir con una empleada rubia, también judía, y pasar a la sastrería de junto donde pidió auxilio por teléfono. La puerta de la tienda era de vidrio y los manifestantes arrojaban piedras, alguna de las cuales hirió a mi padre en la frente. Al rato llegaron los bomberos y un capitán (mi madre cree que se llamaba general Montes) que ayudaron a mi padre a salir de la tienda. Despavorido, mi padre gemía y uno de los bomberos le dijo: “No llores, judío, venimos a salvarte”. Lo envolvieron en un capote negro, lo cargaron como a un niño y lo subieron al carro. Mi madre pudo cerrar la cortina de fierro con algunos amigos, entre ellos el hermano de David Alfaro, que creo entonces aún se encontraba en la cárcel por haber querido matar a Trotski.

Mi padre llegó a nuestro departamento situado en la calle de Zaragoza al que nos acabábamos de mudar (unos días antes mi madre recuerda haber roto un espejo). Lo vi en la cama con la frente ensangrentada y mucha gente venía a saludarlo con caras espantadas. Al no poder lincharlo, los manifestantes se lanzaron sobre San Juan de Letrán donde un tío mío vendía refrescos de frutas frescas casi al lado de 16 de Septiembre. También le arrojaron piedras e insultos y rompieron los barriles de agua fresca; luego, los iracundos encamisados se lanzaron por otras calles del centro para lapidar los negocios de esos rumbos. La casa de mis padres se convirtió en lugar de reunión y de azoro. Al día siguiente aparecieron las fotografías de mis padres en primera plana, recuerdo sobre todo la de *La Prensa*: la figura de Jacobo sobresalía y su barba castaña y puntiaguda lo hacía muy hebreo.

A los pocos días mi padre salió para los Estados Unidos a visitar por primera vez a sus hermanos que vivían en Filadelfia (si se abre una guía telefónica en esa ciudad estadounidense, los Glantz abundan como aquí los López, casi media ciudad es prima mía). Nosotras nos quedamos solas con mi abuela que ya estaba muy enferma y con mi madre que estaba muy asustada. A mí me han durado durante muchos años ese susto y esa imagen de mi padre barbado con la frente llena de sangre. Mi padre regresó unos meses después; la guerra estaba en su apogeo y él se había rasurado la barba.

LXVII

Hace muchos años vivimos en el pueblo de Tacuba en tres casas diferentes. La primera era pequeña con un jardincito, y se instalaba en un mar de esos que abundan por Clavería, aunque ésta fuese una cerradita polvosa cerca de la calzada México-Tacuba, llamada Golfo de Campeche. Teníamos un perro, el General, perro policía que fue envenenado para seguir la tradición que se inicia en México desde tiempos sin memoria que se reseñan en *Los bandidos de Río Frío* o en las crónicas de Ángel del Campo. Otro perro lanudo era rosa porque mi hermana Susana lo había bañado con mercurio: no se murió, sólo vivió toda su vida como Edith Piaf.

La otra casa estaba en Popotla, enfrente del Árbol de la Noche Triste, noche que asocio siempre con el cine Popotla, también con unas calaveras que mi padre colocó a la entrada de la azotea y que resultaron ser de una joven indígena de veinte años y la de un vencido soldado de Cortés, ya sin yelmo y sin caballo.

Yo me sentaba a llorar también todas las noches (quizás exagero, porque a veces cantaba himnos, sobre todo un corrido aclamando al Padre de la Pa-

tria que comenzaba así: “El 16 de septiembre de 1810 [...]”) cuando mis papás salían y me quedaba con mi hermana Lilly que me obligaba a jugar con ella a las luchas libres: cada quien adoptaba un nombre de guerra, ella era el León y yo la Tigre (no La Tigresa). Al final de la lucha yo caía siempre por el suelo y mi hermana me amenazaba con bajar las calaveras si les contaba algo a mis papás. Su sadismo no era natural, provenía de una criada que se llamaba Paula, quien la obligaba a meterse en el agua hirviendo sin chistar y si no lo hacía le daba de nalgadas. Yo pagaba luego el pato. Entonces teníamos una pequeña zapatería que vendía zapatos de *glacé* negro para abuelitas y zapatos de *vamp*, gris y azul marino, tacón muy delgado y llenos de tiritas que valían 23.50 pesos. Luego tuvimos otra zapatería que se llamaba La Nueva, con modelos del centro y precios de Tacuba.

Por esas épocas vi también *Drácula* desde entonces soñé con él: ahora estoy escribiendo un libro sobre la sangre que empieza con la mosca tsé-tsé. La misma Paula u otra sirvienta semejante me obligaban a irme a dormir y pasar por un corredor oscuro por donde me imaginaba que pasaría el conde rumano.

Mis papás no estaban porque había venido Berta Singerman o porque estaban tomando un café en el Principal.

Por esa época también abandoné la religión de mis antepasados. Lilly y yo aprendíamos inglés, con unas señoritas decentes venidas a menos que vivían con su mamá en una buhardilla en la azotea, al lado de nuestra casa. Estas jóvenes sintieron lástima por nosotras, les parecíamos dos niñas angelicales y tuvieron miedo de que muriéramos sin conocer el Paraíso: nos volvieron cristianas. Nos bautizó un padre de la iglesia de Popotla que tenía las manos casi negras y muy enmarañadas, vestía una sotana café y nos bendecía con grandes sonrisas y nos daba a besar su peluda diestra. Desde entonces no sólo sueño con *Drácula* sino también con King Kong, al que le dedico mi libro sobre el cabello. Nuestro bautizo fue seguido de una primera comunión organizada por la familia Sodi Pallares que vivía por la colonia de Santa María la Ribera en una casa porfiriana con emplomados y lámparas estilo Tiffany. El desayuno de primera comunión fue servido con tamales, atole, *Quo Vadis?* y *Fabiola*, y misales encuadernados en piel blanca con un bello crucifijo dorado. Cada domingo nos confesábamos y comulgábamos y volvíamos al cine Popotla a ver los episodios de *Flash Gordon*. Por eso mi cristianismo se mezcla con los héroes de los *comics* y con los episodios seriados por donde deambulan La Sombra, *Fabiola*, *Drácula* y King Kong. Es seguramente un cristianismo maravilloso.

LXVIII

Las casas de la memoria son, como las de la astrología, enigmáticas. Acabo de visitar la calle de Jesús María 44 donde nací. A la entrada una tienda de plásticos: metros y metros de tela ahulada para mantel y carpetitas con decoraciones de falso *crochet*. Adentro la ruina, la decadencia, afuera, ya desvaído, casi cayéndose, un remate de piedra que corona la fachada, muy antigua. La escalera ya no existe, pero cuando allí vivieron mis padres la casa tenía cinco bellos cuartos altos, una gran, grandísima cocina, un baño, un patio interior y cuarenta macetas. Mi madre rentaba dos cuartos y vivía en la casa con mi padre, en los otros tres cuartos, nosotras, Lilly, yo y mi tío Volodia, a quien queríamos como a un padre, a veces más que al nuestro, y sobre todo, lo obedecíamos más.

Había llegado de Rusia para cuidar a su hermana, enviado por los abuelos, en 1928.

La Merced es fascinante, empezando por los viejos nombres que recuerdan la historia de la ciudad: La Corregidora, Soledad, Mesones, Regina, donde se instalaron las primeras casas de tolerancia, después de la Conquista. Allí vivieron los emigrantes, en viejas casas coloniales con techos altísimos y grandes patios floridos, vendiendo en carritos ambulantes calcetines, pan, jabón del mono o corbatas. La gente muy hospitalaria, muy amable, ayudándolos siempre y La Merced, mercado semejante al de Tacuba, donde también tuve una casa, pero sin agua y con una sola recámara para las cuatro hermanas. Por la zapatería pasaban todos los sábados los limosneros con un bote de hojalata en el que echábamos un centavo (¡). Entre semana volvían a pasar los limosneros y con el producto sabatino compraban zapatos. Había que envolverles los pies con el papel de china que protegía el calzado dentro de las cajas, dar vuelta a la cara, usar un calzador de metal y medirles los últimos modelos, además, preguntarles si se los llevaban puestos, pregunta que se hacía a todos los clientes, hasta a los que compraban botitas blancas de bebé, de esas que luego se ostentan, ya vaciadas en metal, en los tableros de los taxis. Como no había agua, la transportábamos de la calle, y los sábados nos íbamos a bañar a los baños públicos, en tributo a aquellos baños del pueblo de mi padre por donde pasaban los demonios.

El agua era curiosa, a veces caía como diluvio inundando los comercios y haciéndonos circular a lomo de indio por cincuenta centavos el transporte. Cuando lo cuento creo que he reencarnado y que soy uno de esos personajes que pintaba tan mal Riva Palacio, pero yo estoy segura, no sé dónde ni en cuál de las casas que habité, de esos ríos de agua, de las canoas que los transi-

taban y de los indios que eran tamemes. También recuerdo que mi hermana Susana jugaba con los muchachos del barrio a rescatar ratas de las alcantarillas.

En ese tiempo el mercado de Tacuba era como el de Juchitán. Cantinflas tenía su carpa cerca de nuestra casa y la esposa de Chilinsky, Tamara, visitaba a mi madre; era muy guapa, rubia, simpática; a Chilinsky nunca le hablaron, tampoco a Cantinflas, pero su recuerdo se asocia a las calaveras de la Noche Triste, a los curas carmonas de Popotla, a los modelos escogidos, a la falta de agua, a las fiestas del Día de Reyes, cuando los niños del barrio recibían sus juguetes, y nosotras, niñas judías, nos quedábamos con las ganas, a pesar de ser criptocristianas.

Mis andanzas religiosas terminaron cuando mi madre, bañando un día a Susana (tendría como cuatro años), descubrió una medallita o un escapulario que llevaba en la camiseta. Lilly y Susana recibieron una buena paliza. Mi rápido paso por el cristianismo me dejó un hábito marcado de lecturas y una preferencia especial por las torturas. Cada domingo llevaba al Niño Jesús sentadito en mi corazón y cuando comía los muéganos sentía una especial desazón y un miedo muy grande de molestarlo.





Calzar a Margo, señores, es señal de desafío

• Sara Poot Herrera •

Nota a pie de página

Mi título, —“Calzar a Margo, señores, es señal de desafío”—, como lo habrán notado, viene del romance 44 de Sor Juana. Nuestra poeta lo dedica a la Condesa de Galve y así comienza:

Tirar el guante, Señora,
es señal de desafío;
con que tirar el zapato
será muestra de desvío.
El querer tomar la mano
es de atrevimiento indicio;
pero abatirse a los pies,
demostración de rendido.

En ese juego *sorjuanino*, de manos y de pies, queremos ubicar a Margo Glantz, *sorjuanista* de todo corazón.

Con sus propias manos ha diseñado los guantes naturales de su escritura, y éstos solitos entran y acarician las teclas de la computadora, o las teclas acarician a los guantes, a sus propias manos, esas que Margo pone una sobre la otra una vez que concluye su magistral tratado de manos de Sor Juana. No se nota en el resultado de la escritura ningún esfuerzo. Por algo Margo Glantz —a base de lectura y de ejercicios de alta inteligencia crítica— se ha preparado toda la vida (y ha hecho de sus propias manos los guantes de su escritura), y de ahí que escriba como lo hace; escritura que marca una nueva calidad —más que desafiante— a la literatura mexicana.

En el caso de Margo Glantz, las palmas de sus manos tienen un paralelismo con las plantas de sus pies, y para llegar a éstas hay que elevarse —volvamos al romance de Sor Juana, “subir a vuestras plantas”— a las alturas. Desde allí notaremos que Margo calza el número correcto, y de allí también que pise fuerte en la vida, en sus vidas, en sus textos, en los géneros

literarios que maneja. Paso a pasito Margo camina por las páginas de la literatura como si fueran su propia casa. Respecto a sus manos, son las suyas los guantes naturales con los que toca y cuida los libros; con ellas crea, edita, toma nota, notas a pie, pies de notas. Respecto a sus pies (o a los juanetes de su personaje Nora García, pues siempre tiene que haber alguna imperfección), éstos atraen la mirada y dan indicios de que eso son: pies.

Dejando huellas desde el principio de sus “borrones y borradores”, Margo caminó de colonia en colonia en la Ciudad de México, a partir de donde nació: la calle Jesús María número 44, “cerca de las ruinas del Templo Mayor”, como ella misma narra en sus *Genealogías*, o cuando le pone un calzador a su escritura:

Dios ya había pensado, al crearnos, en la necesidad de proveernos de un buen sostén sobre la tierra: nuestro primer zapato es el que nos brinda la propia anatomía: la planta de los pies nos garantiza una pisada fuerte y sólida. La suavidad y elasticidad de este calzado primigenio se deben sobre todo a un conjunto maravilloso de huesitos, los sesamoides, situados bajo el primer metatarso.

Unos buenos pies —pies de diseñador— aseguran unas buenas manos; un buen “esguince de cintura”, un buen corazón y unos buenos dientes, motivo de las próximas reflexiones de Margo Glantz. Ella sabe lo que es un cuerpo —la memoria de un cuerpo, el cuerpo de una memoria—, y lo muestra en cada uno de sus “momentos narrativos”. El de ella es bifronte. Es rusa y es mexicana; es judía y es católica; es racional y es supersticiosa; es académica y es escritora. Es ella una intelectual que sabe de modas y está al tanto del *jet set*; de allí que con natural soltura nos hable de sus “amorosas inclinaciones” o nos cuente la *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*. Con las manos al pie de su escritura, con el zapato como pluma, Margo se apersona

con sus letras en la historia de la literatura, en la crítica, en la teoría, en la construcción del género, en la creación.

Por todo esto y mucho más, desde el 21 de enero de 1996 Margo Glantz ocupa la silla XXXV en la Academia Mexicana de la Lengua, en la que no sólo le toca representarse sino representar a su antecesor inmediato, Juan Rulfo, y al antecesor de su antecesor: José Gorostiza. Nada menos que *Muerte sin fin* y *Pedro Páramo* son, desde la Academia, los referentes de la obra de Margo Glantz quien, del estudio a la creación, a la academia, diseña una especie de “dama andante” que se sobrepone a sus *Zonas de derrumbe* y a su *Síndrome de naufragio*, y es optimista cuando habla de *El día de tu boda*, y es soñadora y se permite colorear *Doscientas ballenas azules*, y es ¿realista? al poner *La lengua en la mano* (1983) y seguir con sus *Apariciones*.

Votos y antivotos

Precisamente en sus *Apariciones* el convento, espacio de reflexión académica de Margo Glantz, se desplaza a su creación literaria. Nadie menos parecido a las monjas de cualquier convento que Margo Glantz. A los votos de las monjas, la académica escritora responde con una especie de antivotos: al voto de clausura *monjil*, el peregrinaje permanente de Margo (en caso de duda, acuda a los finales de sus libros); al voto de pobreza, el de menos pobreza, puesto que Margo se declara “abonera”; al voto de obediencia, el voto si no de desobediencia sí el del espíritu crítico. Margo es la única que ha enmendado la edición de Antonio Alatorre de la *Carta de Sor Juana al Padre Núñez*; y en Palacio Nacional, ha sido la única también que dijo lo que los oídos oficiales no querían oír.

Tres cruces

Margo Glantz vive en Tres cruces y entre tres cruces: Sor Filotea de la Cruz, Manuel Fernández de Santa Cruz y Sor Juana Inés de la Cruz. No es una referencia metafórica sino las tres presencias —la madre, el padre y la hija—

de su novela *El rastro*, allí donde el corazón late (“viéndolo bien, *El rastro* es todo corazón”). En un trabajo donde veo la presencia de Sor Juana en las escritoras contemporáneas, Margo Glantz —sin lugar a dudas— es “la mejor de todas”. ¿Cómo puede hacerse una novela a partir de un soneto? Sólo con el conocimiento y el amor al verso “mi corazón deshecho entre tus manos”. Creo que la cebada perla que Margo comió de niña hace también que entienda la perla literaria, el genial barroco de Sor Juana.

Fiel a sí misma, a sus fuentes y amigos

Cuando escucho hablar a Margo Glantz, cuando la leo, noto una y otra vez la fidelidad que tiene a sus fuentes. Entre otras, ¿quién más que ella ha visitado el diccionario de Covarrubias, ha tenido citas amorosas con Roland Barthes, ha recurrido a lo clásico y a lo más contemporáneo? Nunca un jueves nos perdemos su nota de *La Jornada*, y nos asombra siempre su deleite y conocimiento de la música, la pintura, que sin jerarquía alguna conviven con el *fashion* del que mucho sabe ya sea en Europa o en Estados Unidos.

Y hablando de fidelidad, quiero concluir con la que Margo tiene por los amigos de su generación (Sergio Pitol), de los de antes de su generación (Leonora Carrington) y de los después de su generación (Mario Bellatin). Margo se asoma a la ópera cuando trabaja “Funesta” con Marcela Rodríguez, y no pierde de vista a otras mujeres iconográficas de nuestra cultura (doña Marina, Nelly Campobello), tampoco a las más sacrificadas: las mujeres de Ciudad Juárez. La atención que tuvo con Rosa Beltrán cuando en Monterrey le dedica la lectura de un trabajo sobre Sor Juana y Octavio Paz. O como la dedicatoria que hace a Beatriz Aguad porque impulsó de nuevo su escritura. O a la amiga de siempre —Mónica Mansour— para que no olvide su “English Love”. O el eco soterrado que tiene en “La nostalgia de los pies” de Juan Villoro. Es Margo Glantz la gran conocedora —libros, ediciones, artículos hablan— de la literatura mexicana. Esa fidelidad fue motivo de que en

la Universidad de California de Santa Bárbara los UC-Mexicanistas le dedicáramos en octubre de 2005 el coloquio “De todos modos Juan te llamas” (allí los “Juanes” impresores, Juan Ruiz de Alarcón, Sor Juana, José Juan Tablada, Juan Rulfo, Juan José Arreola, Juan García Ponce, Juan Villoro... y Margo Glantz, ¿de todos modos Glantz te llamas?).

Margo o Marcos

Es enero de 2006. Invitadas por Celia Pedrero a participar en un coloquio de mujeres dentro del *II Festival de la Cultura y las Artes*, organizado por la Dirección de Cultura del Ayuntamiento de Mérida, Yucatán, estamos con Beatriz Rodríguez Guillermo, con Aline Pettersson, Tununa Mercado, Margo Glantz, entre otras escritoras. La tarde del viernes 20, cuando termina el encuentro, vamos a la Plaza Grande. Esa tarde, estará el Subcomandante Marcos, en su “otra campaña”. Llegamos a la plaza. Me fijo en los jóvenes de algunos pueblos que acompañan a jóvenes extranjeras. A lo lejos veo a Margo Glantz que está con Alina, su hija. Grito: “Margoooo”. Todos responden: “Marcooooo”. Luego le cuento a Margo. Me dice que escuchó su nombre, que le dijo a Alina, quien le dijo “ay, no seas presumida, no te llaman a ti”. Ah, ¿no? Los laureles de la Plaza Grande siguen repitiendo: “Margoooo”.

Al pie de la letra

Quiero concluir este apunte con un recuerdo muy vivo y conmovedor: Es sábado 23 de septiembre de 2000. Se clausura el V Congreso Internacional de Escritores de Monterrey, Nuevo León. María Luisa Puga invita a bailar a Margo Glantz. ¿Bailamos Mambo? (como a Margo le dicen sus nietos; hijos de Alina, con quien viven aquí en Mérida). En el cielo y en el suelo hay cuatro manos, cuatro pies. Corresponden a dos de las escritoras más importantes del siglo XX y XXI en México, de la literatura mexicana de todos los tiempos que han puesto sus regias huellas al pie de la literatura mexicana.







Escribir con zapatos

• Ana García Bergua •

En los constantes vaivenes de la vida de un náufrago
se inscriben las cartografías y se disipan los huracanes
Margo Glantz, *Síndrome de naufragios*

El bello texto de Elena Poniatowska sobre los zapatos de Margo Glantz que se publicó en *La Jornada* da pie —literalmente— a pensar muchas cosas sobre esta autora nuestra que llega a los casi noventa años pletórica de juventud, pues la juventud no es otra cosa que mantenerse en movimiento y Margo Glantz no ha dejado de ser una perpetua trashumante. Los zapatos aparecen en por lo menos dos de los últimos libros de la autora y el tema no es raro si nos atenemos al hecho de que el padre de Margo, el poeta y pintor Jacobo Glantz, tuvo una zapatería y que la propia Margo ha escrito muchas veces su pasión por esta prenda:

Mis padres tuvieron varias veces unas zapaterías en un barrio polvoriento de la ciudad, en aquella época todavía un pueblo; es más, ahí se copiaban a la perfección y con humildad los zapatos de mi ídolo *avant la lettre*, Salvatore Ferragamo (que para agravar las cosas fue, *par dessus le marché*, fascista). ¿Cómo hubiera podido saber, cuando entre lecturas de Faulkner y Dos Passos, sentada tristemente en la zapatería le rogaba a Dios que ya no vinieran más clientes para que pudiera terminar de leer con más tranquilidad *Santuario* o *Manhattan Transfer*, que mi ídolo sería más tarde Ferragamo y que me habría de apasionar tan obsesivamente por los zapatos? (*Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*)

Los zapatos, en el caso de Margo, serían un símbolo muy acabado y a la vez muy enigmático del tránsito perpetuo, de esta trashumancia que no sólo se aplica a la persona de Margo Glantz, sino también a su escritura: el tránsito de su familia desde Odessa a México en *Las genealogías*, el tránsito del Arca de Noé, los naufragios y el amor en Síndrome de naufragios, los múltiples tránsitos de Nora García en *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*, el tránsito de la vida a la muerte y de la sangre que interrumpe su circulación al dejar de bombear el corazón en *El rastro*, el tránsito de la narradora que en *Saña* viaja y medita sobre el cuerpo desde tantos puntos de vista. El cuerpo que, podríamos quizá decir, para la narradora es, entre muchas cosas, un tránsito perturbador de dolores y secreciones; ese cuerpo que, para moverse, para funcionar en tránsito, necesita de tantas cosas: zapatos, agua potable, manzanas incomibles cuando visita un campo de concentración, agua y nueces en un viaje a la India. Ese cuerpo indispensable para vivir y escribir:

Y, en efecto, Shahrazad es la imagen más absoluta de la vitalidad: es un ser que se prodiga y habla por todas sus bocas pues desde la primera origina todos los relatos y por la segunda a luz todos los cuerpos que el sultán engendra en ella. (*Saña*)

La narrativa de Margo Glantz se engarza entonces de esta manera móvil, siempre sorprendida y sorprendente, como si se encontrara en medio de muchas trayectorias simultáneas. Hay en sus libros un hilo hipnótico que lleva a lugares descabellados o a callejones sin salida, como los paseos de un turista sin rumbo que desembocan, de un barrio miserable, en una gran avenida salpicada de tiendas de lujo. Margo pasa de los cuerpos retorcidos que pinta Francis Bacon a las fotos de la modelo Kate Moss con una ligereza sorprendente y a la vez terrible: todos sabemos que, en el fondo, el cuerpo, su maleabilidad, su fragilidad, su carácter orgánico, casi líquido, tan a merced de huracanes, vaivenes y naufragios, une ambas cosas de manera no sólo terrenal, sino atemporal y estética: los cuerpos de los mendigos son los mismos en la Edad Media que en nuestros días, la aspiración de la belleza y la perfección es intemporal; quizá sólo las enfermedades cambian. En el fondo, la belleza, la frivolidad, la miseria y la putrefacción se retroalimentan, tanto como el arte y la vida. Quizá ahí radica el afán de escribir y leer con zapatos de diseñador que tiene Nora García: escribir y leer con la disposición de andar y aventurarse, pero con un ánimo estético. Y los viajes de Margo Glantz —me refiero a sus viajes reales tanto como a sus viajes narrados, que en el fondo son difíciles de separar— parecieran indagar en este misterio, en esta zona gris que se despliega entre el mundo y el arte:

La variación número 30 bautizada por Bach como la *quolibet* era, como me lo explicaba Juan (yo también lo había leído) un motivo de regocijo para su familia, cuando él la interpretaba, el propio Johann Sebastian Bach. Es verdad, sólo con mucho amor componía sus cantatas Bach y con mucho amor embarazaba a sus mujeres, a la primera que murió y luego a la segunda que lo sobrevivió, esas torpes mujeres de los compositores que solían morir a destiempo de fiebre puerperal, decía sonriendo Juan. Sí, seguramente Bach hizo a sus hijos con amor y pasión, explicaba Juan, cuando aún no tenía el corazón enfermo (Juan), ¿acaso el hombre no reconoce las virtudes?, ¿el corazón no es acaso simplemente un músculo?" (*El rastro*).

En ese sentido, por ejemplo, su novela *El rastro* es más similar a una canción. El trabajo de evocación de Nora García —especie de alter ego de Margo Glantz— frente al cadáver amarillento del hombre al que amó y cuyo olor a moho la persigue, contrapuesto a la situación del entierro, forman un tejido minucioso y complejo, poblado de verdades estéticas y anímicas.

Desde esta perspectiva de la proliferación de sentidos, nada más lógico que el hecho de que la escritura de Margo Glantz sea una escritura de vocación cada vez más fragmentaria, polidimensional, de mezcla de géneros distintos, en la que cada fragmento se relaciona con el resto de la obra; su narrativa no es sólo una trayectoria, sino un tejido complejo que, en su totalidad, representa un viaje, uno que comenzó quizá al narrar el viaje de sus padres a México y que continúa en la escritura, una escritura que podría ser una suerte de emigración perpetua, cuyo anclaje es el propio movimiento. En este sentido —y seguramente ya se ha dicho mucho—, la literatura de Margo Glantz se hermana con la de Sergio Pitol, tanto en la vocación viajera como en el trasvase entre géneros, de la narrativa al ensayo, al que se añade el de la literatura a la minucia histórica. Mezcla más sabrosa no se puede imaginar.

En la entrevista que le hizo el investigador Julio Ortega para el libro *Taller de la escritura* (2000), Margo Glantz dijo:

Cuando me preguntan de qué generación soy, digo que soy de los más jovencitos, y se echan a reír, pero empecé a escribir más o menos tarde y con el tipo de ficción que hago me siento como de veinticinco años. Siento además que de alguna manera el fragmento es quizás una de las formas que la mujer tiene también para enfrentarse al mundo de la escritura; es la ruptura de una lógica muy tradicional y que se convierte en una lógica de la conversación diaria en la cual de repente estás hablando de algo muy serio y de repente también mencionas un peinado o hablas de un vestido que te gusta; hay una ruptura de la tradición filosófica y lógica estricta, en relación con la escritura. Pero si uno lee con cuidado, mis textos tienen una lógica interior.

Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador y *Saña* insisten en esta rara relación de todo con todo, en esta percepción de la vida que es tan cercana a la pintura, a la música, a la literatura, tanto que deja de ser real y se convierte en alta literatura, o lo contrario, de lo cual el ejemplo de Arthur Rimbaud y su abandono de la poesía por ciertas bajas aspiraciones que se podrían calificar de burguesas y también de siniestras es tremendamente triste. En *Saña*, el tejido de Margo Glantz se empapa de violencia; hay saña en el hecho de contar con ligereza cómo Hernán Cortés mandó cortar las manos de los indios, lo peor es que ese encarnizamiento no pareciera provenir de quien lo cuenta o del hecho de contarlo, sino del propio episodio, de la propia realidad. El detalle con que Margo describe las tiritas casi invisibles de los zapatos de Ferragamo o la vestimenta de Kate Moss, al aplicarse a un asesinato o al olor que despide el baño que se encuentra junto a un templo de la India, se convierte en saña, en insistencia. Pero es verdad que el mundo se nos presenta un poco así, con el mismo detalle en todas sus facetas, aunque no queramos verlo. Es el arte el que ilumina estas cosas, el arte de quien las ve en su totalidad, como Margo Glantz. Sin embargo, no hay en estos contrastes, o más bien en esta saña, un afán moralista; en todo caso, todo es parte de lo mismo, del mismo tejido o el mismo viaje.

¿Cuántos fragmentos se podrían escribir sobre los fragmentos que escribe Margo Glantz? Muchas veces Margo remata o interrumpe sus capítulos y sus fragmentos con un revés que parecería irónico, una vuelta que no es de tuerca, sino, quizá, como esas desembocaduras de calle a calle que mencionaba o como el pensamiento de alguien que se distrae con un anuncio, pero que después relaciona esta distracción con lo anterior de manera despiadada, a veces jocosa. Como ha dicho ella, con la lógica de la conversación diaria. Yo no llamaría a esto ironía, porque sería simplificarlo; en realidad, en esas derivaciones late una curiosidad y una sed de buscar sentido a las cosas, ese que muchas veces aparece en las vueltas y las aparentes distracciones de la conversación. En ese sentido, leer a la jovencita Margo Glantz es conversar con una de nuestras literaturas más abiertas, ricas y dispuestas a un vagabundeo por barrios inusitados. Para acompañarla, hay que ponerse los zapatos.





En vez de un homenaje, una
zapatería para Margo Glantz
• Elena Poniatowska •



Primeros zapatos

Son zapatitos de niña de color azul, su punta es redonda, son de vestir y de muñeca. A los del diario los llaman choclos para ir a la escuela. El par elegante tiene una trabita y es de glacé. “A esta niña hay que calzarla muy bien, su camino está trazado, en el futuro la esperan las zapaterías de París, las de Londres, Roma, Madrid, Dusseldorf, Nueva York, Buenos Aires. Gucci, Ferragamo, Maud Frizon, Andrea Perugia y Chanel serán sus diseñadores. Mete bien el pie, niña, y ahora vete en el espejo, dice la vendedora arrodillada frente a ella. Cada 28 de enero, desde 1930, Margo Glantz estrena zapatos, porque desde la punta del pie hasta el último de sus cabellos hace de su vida una experiencia estética de placeres inéditos.

Segundos zapatos

¿Habrá zapatos judíos? ¿Con qué zapatos vinieron de Ucrania sus padres? ¿Serían botas para la nieve? Seguro los zapatos de Jacobo Glantz, su padre, el poeta y pintor, eran pequeñísimos, porque él era del tamaño de dos manzanas encimadas, pero de su madre, Elizabeth Shapiro, Margo heredó la altura, el perfil y el tamaño del pie. En la huella de los zapatos de Margo se estampa su condición de judía, como lo afirma en su libro *Genealogías*, en el que busca su identidad, y en *Síndrome de naufragios*, en el cual vuelve a los mitos de la religión judeo-cristiana. Nunca he oído a una judía escribir tanto de Jesucristo y de la Virgen María como Margo Glantz. Bueno, quizá le gane la filósofa Simone Weil, pero ella era una escritora sufriente, y Margo es una escritora gozosa.

Terceros zapatos

Margo es malísima para los deportes y, por tanto, sus zapatos son intelectuales, elaborados y un poco inmorales. Eso sí, usa zapatos planos para caminar y para mudarse, porque los Glantz se cambian de casa con frecuencia y llevan sus libros en hombros. También el piano, pero primero son los libros. Jacobo Glantz, su padre, no controla las lecturas de su hija y la quinceañera lee desde Shakespeare hasta M. Dolly, que la hace llorar más que *Macbeth* y *Hamlet*. Como buena esclava, los idiomas le bailan en la punta de la lengua: inglés, francés, alemán, italiano y portugués. Lee a los autores en su lengua original. En los cursos que mejor funciona Margo es en los de literatura y de gramática española y vocabulario. Creo que nunca, en toda mi vida, he hecho una falta de ortografía —presume.

Cuartos zapatos

Aún no tienen tacón alto, Margo asiste a la Preparatoria número 1, en el antiguo Colegio de San Ildefonso. Su maestro es Agustín Yáñez, y su vocación, la literatura. A Yáñez le gustan los zapatos de la jovencita Margo, tienen un aire de extranjería, de niña que vive en medio de libros. Yáñez conoce *Carmel Art*, de Jacobo Glantz y adivina que la vida de esta joven retraída será la de las letras y que quizá las cubrirá con su propia piel. En la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), los maestros de Margo serán Alfonso Reyes, Julio Torri, Rodolfo Usigli, Samuel Ramos y Leopoldo Zea, y los cinco la ayudan a abolir esquemas, pero nadie le dará mejores lecciones que su propio corazón, audaz y seguro de su valía.

Quintos zapatos

Zapatos de tacones de 13 centímetros de altura en los que encajan muy bien sus pies y las piernas, que van subiendo como dos torres gemelas. Después de la UNAM, en México, en 1953, Margo se doctora en letras hispánicas en la Universidad de la Sorbona. De regreso al país, la Facultad de Filosofía y Letras le abre los brazos, mientras Alina, su primera hija, abre sus ojos en 1959, y Margo le pone sus primeras botitas de estambre. Así, maternal, funda la revista *Punto de partida* para los nuevos escritores universitarios. En 1971 nace su segunda hija, Renata, y ya para entonces Margo se ha inclinado hacia la literatura de los jóvenes y publica *Onda y escritura en México*, jóvenes de 20 a 33, en Siglo XXI Editores, la de sus amigos Arnaldo Orfila Reynal y Laurette Séjourné, e incluye a José Agustín, Gustavo Sáinz, Parménides García Saldaña y a otros que ahora son abuelitos o se piraron de un pasón.

Sextos zapatos

Los zapatos se dan a luz unos a otros hasta llenar tres roperos y cuatro cómodas que Margo, la melómana, hace cantar cada vez que abre un cajón. A su lado, Imelda Marcos palidece. Para hacer juego con los zapatos, usa vestidos que también son una fijación y un deleite. Margo se gusta, se mira en el espejo y vuelve a gustarse. Dalí le hubiera confeccionado un sombrero en forma de zapato, como lo hizo para Schiaparelli y Jacques Fath; le habría cortado una capa suntuosa cubierta de cibelinas. En México, la familia de Margo tiene que ver con Kamchatka, que vende abrigos de piel.

Séptimos zapatos

Hablan solos, hablan con seguridad, hablan en público, opinan con autoridad, saben hacia dónde se dirigen. Ningún mal paso. Caminan hacia el lenguaje, y Margo vuelve memorable lo que por costumbre sólo aparece en revistas especializadas, la vida secreta del cuerpo o lo que es aparentemente banal, como peinarse, lo que hasta antes de ella se creía reservado al mundo de las mujeres, al de la moda, el salón de belleza, al *goulash*. Margo vuelve esencial lo que creíamos trivial, saca a la luz lo que es la intimidad, vuelve público y sagrado lo que considerábamos secreto de familia, vacía por la ventana lo que antes se guardaba en el baúl de los recuerdos. La vida es un museo, la vida es un escaparate, la vida es un decirse, la vida es una puerta que se abre a los demás, la vida es quererse a sí mismo, y por allí se empieza. Margo mezcla la autobiografía, la novela, el ensayo, la crítica, el aforismo y la poesía, como lo hace en *Apariciones*, en *Saña* y en la *Historia de una mujer que caminó por la vida con zapatos de diseñador*. Los temas de *Las mil y una calorías* la obsesionan: el erotismo, el amor, el cuerpo de la mujer, su desnudez y su carnalidad. El cuerpo, el sexo, el cabello y la sangre son sus obsesiones. ¡Ah, y el corazón! Margo se convierte en la escritora más erudita, la más universal, porque en una página discurre de filosofía griega y en la que sigue de erotismo y en la tercera de Cristo y en la cuarta de masturbación en un contrapunto que surge con la fuerza de los chorros en la fuente, un géiser de ideas y de propuestas. Poeta, Margo Glantz se atreve a todo, será porque es alta o será porque tiene la absoluta certeza de que la quieren. Una noche en la Cineteca Nacional vi a casi todo el cine levantarse y gritar Margo para ofrecerle su asiento. Su buen humor estimula a sus alumnos, porque les dice que ante todo, su gran tema es el erotismo. Con ellos dialoga y su relación es riquísima. De su debate en el aula salen sus libros, de su encuentro con los estudiantes de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, de Harvard, de Princeton, de Yale, de Stanford, de la Sorbona surgen las ideas: “No sabes, Elena, la cantidad de horas clase que he dado en mi vida”.



Octavos zapatos

Van de un lado a otro cumpliendo la más difícil de las tareas porque son zapatos mandaderos. *La Malinche* rescata y engendra, lleva la realidad salvaje de nuestro gran país a la voracidad del viejo mundo. Llevar un universo a otro es una tarea compleja y terrible, pero la lucidez de Margo es universal. Un universo es el de los españoles, los que atravesaron el mar; otro universo es el de los vencidos, los que no conocen la rueda. *La Malinche* da pasitos de códice, las plantas de sus pies apenas si se hunden en la tierra, va de uno a otro, del cristiano al indio. *La Malinche* es nuestra madrecita, pero Octavio Paz la llama *la chingada*. Margo le abre los brazos. Su afición por revalorar a las mujeres es muy intensa, y así como abraza a *La Malinche* lo sabe todo del corazón deshecho entre sus manos de Sor Juana Inés de la Cruz.

Novenos zapatos

Los zapatos monjiles de Sor Juana apenas si se escuchan en el corredor del claustro. Las sandalias indecentes de *La Malinche* son apenas unos cueritos que se amarran al tobillo y que saben a sal. Saber calzar tanto unos como otros es el secreto de la fuente de la eterna juventud de Margo Glantz. El sentido del humor, la risa, el no tomar en serio sino sus juanetes, el adorar su anatomía, son los mojones en la ancha autopista de su vida. De la erótica perversión de enredarse el cabello es un libro que hace una comparación entre Calderón de la Barca y King Kong, y es otra de las formas de seducir a sus alumnos. Su carácter lúdico, su reducción al absurdo de cualquier avatar, su propia e impresionante erudición, su capacidad de reír y hacer reír aligera sus clases y las vuelven seductoras, incluso para el más serio de los académicos que la recibe en la Academia de la Lengua.

Décimos zapatos

Esos los usaron los caminantes que venían de Europa, como ella, Margo, que a veces parece una inglesa nacida en México, original, accesible, maravillosamente bien vestida y, sobre todo, calzada. En alguna que otra reunión de los escritores la he visto levantarse y decirle al de junto: “Te encargo mucho de que, mientras voy al baño, Monsiváis no hable mal de mí”.

A imitación de los viajeros con buenos zapatos como J R Poinsett, el de la flor de Nochebuena y Frances Calderón de la Barca, Margo abre bien los ojos al caminar y reseña las pisadas de los extranjeros que descubrieron México.

Onceavos zapatos

Muy lejos de las pantuflas de piel forradas de borrego, de las chanclas de hule o de esas alpargatas o mocasines que casi no duran, Margo taconeaba su júbilo de notas musicales por las aulas de las universidades del mundo que la invitan 12 meses al año. Si es que tiene pantuflas, las avienta bajo la cama y se pone zapatillas que casi ladran, se dirige a King's Cross y llama a un taxi porque va a oír tocar a Mozart en la Royal Academy Hall y a beber Sherry en el Claridge.

Zapatos para el domingo 31 de enero de 2010

Entran a Bellas Artes 200 ballenas azules, las que quedan en los mares de nuestro planeta y pasan por el Golfo de Cortés, porque allí copulan como le gusta a Margo, en el deleite del descubrimiento del otro. Suben a la sala Manuel M. Ponce, porque vienen a saludarla sin temor a los arponazos. Riegan sobre la escalera su semen que mucha falta le hace a Bellas Artes. Montados encima de su dorso, vienen Conrad, Pitol, Melville, Bellatin, Barthes, Glenn Gould, Brahms, Jorge Luis Borges, Johann Sebastian Bach, Salvador Elizondo, Myriam Moscona y Coral Bracho, Paul Celan, Thomas Mann, Georges Perec, William Faulkner, Joseph Roth, Álvaro Mutis y otros balleneros que alguna vez vieron a Jonás llorar dentro del vientre de la ballena. A Margo, las aguas la rodean hasta el alma y una olita equivocada le zafa los zapatos. Todos nosotros, *chancludos* y *guarachudos*, los recuperamos y la calzamos de nuevo. Con su sentido del humor y su ironía mil veces ensalzada, Margo nos da un elegante paraguazo. Ella nos ha revelado los enigmas de la alta cultura y los de la cultura de Coyoacán, los de Turner y Spencer y los de los grafitis que pintan en los muros de su casa, nos hace viajar y entrar a museos y en muchas ocasiones nos salva del naufragio al meternos en lo cotidiano y lo aparentemente trivial, como el color de un vestido o la pluma en un sombrero que a ella la transmutan en la amada señora sacramentada, en la señora que se ha ido a pintar las uñas de ese color intenso que tanto le gusta, en la que lleva anillos, collares y brazaletes, en la que se peina en salones de belleza encopetados, en la que se atreve a habitar el cuerpo de Sor Juana y el de *La Malinche*, en la que se cambia de zapatos todos los días, y tiene muchos para salir a pisar la noche antes de que la noche nos pise a nosotros, que en cierta forma somos sus zapateritos, sus sastrecillos, sus acompañantes, sus masajistas, sus pedicuristas, puesto que aquí estamos sentados a sus pies desde que le pusieron los primeros Merceditas, que así se llamaban los botincitos para niñas.



Nos caen a nosotros sin piedad

• Myriam Moscona •

Decía el chileno Vicente Huidobro en su arte poética que el adjetivo, cuando no da vida mata. Para curarme en salud, diré que la responsabilidad no es mía. Yo sólo recogí, de diversas fuentes, tanto de referencias escritas como de opiniones de amigos y colegas de Margo Glantz una serie de 205 *flashazos* que en su conjunto perfila un esbozo de lo imposible: un retrato preciso de la diva de ochenta y ocho años.

Excesiva, talentosa, inmodesta, burlona, honrada, gastalona, compulsiva, envidiosa, generosa, indiscreta, brillante, diurna, reventada, divertida, egoísta, autocrítica, trabajadora, perspicaz, entregada, locuaz, olvidadiza, interesante, guapa, aprehensiva, tenaz, responsable, puntual, erudita, leal, viajera, fuerte, enojona, comelona, sana, voraz, pero también diva, divina, educada, regalona, vengativa, elegante, indulgente, angustiada, sabia, obsesiva, aplastante, distinguida, rápida, indecisa, perspicaz, irónica, ingenua, apasionada, loca, centra-



da, gozosa, fresca, necia, buena escucha, adolescente, lectora, peleonera, digresiva, risueña, luminosa, dispersa, lúdica, conciliadora; sin olvidar que también se le reconoce como desastrosa, imprudente, arrogante, activista, chiflada, melómana, provocadora, vacilante, chismosa, cálida, entregada, competente, aguda, amiguera, famosa, de izquierda, crítica, criticona, dominante, cauta, berrinchuda, seca, directa, valiente, mandona, asociativa, cariñosa, irracional, azorada, ligera, dual, astuta, confiable; pero sobre todo noble, visceral, torpe, alta, dadivosa, judía, “obstinada, impenitente, quejosa” regañona, investigadora, chacharera, prolija, atea, impulsiva, guadalupana, querendona, juiciosa, competente, chistosa, incisiva, esclarecedora, graciosa, desenfadada, inteligente, solidaria, comprometida, impetuosa, vital, escéptica, magnética; y aunque no parezca tímida, también arrebatada, ética, coleccionista, garbosa, observadora, competitiva, barroca, íntegra, atea, vanidosa, colorista, emérita, fragmentaria, canófila, estricta, decidida, liberal, memoriosa, profunda, reveladora, original, supersticiosa, fetichista, trotamundos, virtuosa; resulta insoportable cuando es perdelona, no así cuando le da por voyerista; también es temeraria, consumista, celebratoria, desenvuelta, nerviosa, anfitriona, detallista. Además los que la conocen de más cerca la describen festiva, intensa, curiosa, irreverente, traviesa, celosilla, pesimista, culposa, versátil, incansable, compleja, inventiva, maliciosa, coqueta, conoedora, espléndida, exhibicionista, rigurosa, intuitiva, arrojada, ególatra, encantadora, juvenil, perceptiva, sensual, acertada, analista, cautivante, energética, poco diplomática, atrevida, audaz; Margo es protagónica y es genial, mírenla a sus ochenta y varios. Por su talento, por su obra, por sus piernas, por su ropa, por sus logros literarios; por sus alcances académicos; por sus puntos de vista va en el carril de alta velocidad y como espetara alguna vez Monsiváis en Roma, echando el bofe cuando en una subida Margo llevaba, y por mucho, la delantera, dejando muy atrás de una larguísima escalera a una fila de escritores haraganes: “Miren, allí, hasta arriba, va Margo Glantz, quitándose todos los años que trae encima y que nos caen a nosotros sin piedad”.

Leer a Margo, no sus libros sino a ella

• Karim Garay Vega •

Durante los seis años que trabajé contigo como ayudante de investigación pude atestiguar y aprender sobre tu proceso creativo: en tu mesa muchos libros abiertos, música sonando fuerte, tus dedos veloces sobre el teclado, varios archivos abiertos para guardar las versiones de tus textos que, ya impresos, revisabas en un sillón más cómodo. Algunas veces me pediste que leyera borradores, y yo sufría porque me daba pena darte alguna torpe opinión. Otras veces, en medio de tu escritura vertiginosa me pedías que te pasara algún libro o que te buscara un dato; muchas más veces de las que hubieras querido, terminabas buscando tú misma el texto ante mi lentitud o falta de pericia bibliotecológica.

Pero finalmente aprendí a buscar lo que pedías y anticiparme a lo que había que hacer para apoyar tu trabajo, porque en tu acelerado ritmo a veces no terminabas de formular las peticiones y había que completarlas, nada se repetía, todo pasaba desenfrenado ante mis ojos atónitos y la simultaneidad era necesaria.

Como en tu libro *Y por mirarlo todo, nada veía*, que es vertiginoso e implacable, trabajar a tu lado era como en el instante donde nada se repite, escuchando la velocidad de tu escritura en el teclado, tu cualidad en lo simultáneo, tu capacidad de pensar en mil cosas a la vez. Tú, como todo libro interesante, guardas extraños matices y formas, y había que aprender a leerte porque luego tenía que saber cómo recordarte lo que apenas nombraste y luego se perdió en otro pensamiento; había que saber cuándo era preciso interrumpir la cascada de actividades veloces para recordarte algo que habías pedido.

También en tu casa nació mi amor por los perros, con Lola, que me acompañaba al banco y se orinaba en el impecable piso, o se subía al mostrador para espanto de la cajera, o se dedicaba a oler los traseros de las personas de la fila. Yo hacía como que no era mía, para que no me echaran: “¿Es su perrito?” me preguntaron un día. “No, me siguió de la calle”. Por suerte a Lola no le ofendía que yo la desconociera; era la perra más libre que he conocido. Cuando sentía miradas hostiles de los del banco simplemente se salía, daba su vuelta y luego me seguía acompañando en mi recorrido al correo. Lola, esa perra que me clavaba la mirada y resoplaba su aliento caliente en mi brazo, esperando que saliéramos a la calle, mientras yo organizaba tu correspondencia en la computadora.

Gracias a tus clases sobre literatura popular mexicana, en la Facultad de Filosofía y Letras, elegí hacer mi tesis sobre el llanto en la novela *Astucia* de Luis G. Inclán. En ella se llora copiosamente y de distintas maneras y tú me enseñaste a leerlo con mucho cuidado. El llanto tiene diferentes sentidos en la novela: sirve para delimitar el rito de paso mediante el cual el protagonista se vuelve hombre, para sellar pactos de amistad con lágrimas en vez de sangre, para demostrar fidelidad o amor profundo. Se llora en vez de hablar y con ello se dice mucho. Hay llanto colectivo o una sola lágrima; llanto fingido y más aún, llanto aprendido. Así aprendí a hacer la tesis, hablando de lágrimas bajo tu atenta lectura y comentarios agudos. Pero como además soy de lágrima fácil, lloraba en las asesorías y por eso me convertí en tu “Lencha”, la que cumplía con su propio rito de paso donde tú eras, como aún eres, mi mentora, como en la novela don Primitivo es el de Lorenzo.

Mi querida Margo, madre putativa, madre sólo hay dos, llenaría muchas páginas hablando de lo importante que eres en mi vida pero voy a detenerme aquí, antes de ponerme a llorar como Magdalena.

Gracias maestra, por todo.



Apariciones

• Marcela Rodríguez •

Margo Glantz es indispensable en nuestra vida. Brillante, creativa, amiga, reventada, divertida.

No podríamos vivir sin ella. Esta obra *Apariciones* para cello solo, de mi Ciclo *Lumbre 2*, está dedicada a su creatividad, su arrebatado de escritora atrevida, enloquecida y genial.

•

Lumbre 2

for cello solo
(1996)

-Apariciones-
sobre el texto de Margo Glantz

Marcela Rodríguez
(1951)

Lento
♩ = 60

Violoncello

6

13 sul pont norm. mf p

19 p mp mf f

26 mf

32 p mf

37 mf f

42 p f > pp < mf

47 mf sul pont

53 norm. p mf

2

58 p mf p ppp

63 sfz > < sfz > pp f

70 p f piu mosso a ce e lle ran do

75 ff

79 gliss. gliss. gliss. tempo primo p pp pp

85 f

91 ff p

94 pp ppp



Y por mirarlo todo, nada veía de Margo Glantz

• Carmen Beatriz López-Portillo •

El mundo verdadero, al final, se ha convertido en una fábula.

Nietzsche

La palabra sólo es palabra en el recuerdo del silencio.

Alejandra Pizarnik

Una pregunta, una sola pregunta. 164 páginas. 58 822 palabras, de las cuales 4 503 son *que*; 3 742 *de*; 166 *México*; 53 *mujer* y 50 *mujeres*; 46 *Trump*; 38 *tiempo*; 31 *redes*; 21 *París* o *retórica*; 19 *cáncer*, o *China* o *India*; 18 *hija* o *libros*; 11 *Bach*, al igual que *asesinato* o *azul* o *derechos* o *entender* o *escuelas* o *español* o *fuerza* o *Juana* o *Luna* o *pareja* o *plástico* o *provocar* o *amor* o *arterias* o *campana* o *violación*; ocho veces la palabra *sueños*, igual que *verdad* o *tiempos* o *saber* o *Rulfo*; seis *Beethoven*; cinco *conflicto*, *corrupción*, *delincuentes*, *desierto*, *dientes*, *diputados*, *dinosaurios*, *empresas*, *falsa*, *famosa*, *nazis*, *ratones*; una vez a lo largo de la obra aparecen *Szyborska* o *Yourcenar* o *Whitman* o *Warhol* o *Virgilio* o *Villoro* o *Verdi* o *Tutankamón* o *Twain* o *Stravinski* o *Rubens* o *Rodin* o *Pizarnik* o *Pitol* o *Pitágoras* u *Ortega* u *Orozco* o *Niemayer* o *Moravia* o *Monsiváis* o *Manet* o *Mafalda* o *Levi-Montalcini* o *Klee* o *Kant* o *Kawabata* o *Kandinsky* u *Homero* o *Heine* o *Gutenberg* o *Góngora* o *Glantz* o *Ghandi* o *Gauguin* o *Foucault* o *Faulkner* o *Ehecatl* o *Dostoyevski* o *Claudel* o *Chomsky* o *Cherubini* o *Chejov* o *Byron* o *Buñuel* o *Buda* o *Bizet* o *Bellatin* o *Becker* o *Bartok* o *Atahualpa* o *Arreola*.

Una pregunta inaugura *Por mirarlo todo, nada veía*, que la autora tardó 19 meses en escribir, 580 días si consideramos que el primer epígrafe lo escribió el 1 de julio de 2016 y fechó su terminación el 31 de enero de 2018.

Bastó una pregunta salida de la entraña del *sueño* para relacionar el saber y la libertad, para cuestionar nuestra capacidad de valoración y de elección, para confrontar esta realidad seca a lo largo de las hojas. Noticias, notas, fragmentos de información o de historias; unidos por 4 503 *que* uno tras otro, apenas separados por puntos y comas, en un orden aparentemente aleatorio, en una sola dimensión; en un único plano los contrastes del mundo y de los tiempos, desde la belleza del cosmos y la luna ensangrentada; desde la creación más sublime y la armonía del cuerpo; desde los avances más asombrosos de la ciencia, hasta la muerte radical y todas sus variantes; la guerra y la barbarie más ultrajante para la conciencia y la dignidad humanas, y por supuesto la frivolidad, la estupidez, la ignorancia y toda esa información confusa, tramposa, manipulada e innecesaria.

Con un guiño a Sor Juana, Margo nombra este texto que es en realidad una provocación, una advertencia nietzscheana: “El desierto crece! desventurado el que alberga desiertos!”, un latigazo a la conciencia para despertarnos del letargo, “las noticias diarias confirman la idea de Hannah Arendt sobre la banalidad del mal”, escribe Margo en la página 65.

El 19 de agosto de 2018, a las 11:01 de la mañana, Margo escribió en su muro de Facebook: “Estos algoritmos me están matando”. Y esa pequeña confesión me hizo ver, como si fuera una epifanía, una de las posibilidades para escribir esta presentación. Encontrar el algoritmo, la fórmula de su escritura. Y le escribí a Margo para preguntarle si me mandaba su texto. Generosamente me lo mandó y gracias a ello, y a un programa inventado por uno de esos personajes maravillosos que habitan el Claustro, pude saber cuántas palabras tiene el libro de Margo, 13 058 palabras o números distintos; que hizo referencia al año 2017 86 veces; y al 2016 23; que a los años 1945, 1965, 1997, 2002 y 2050 se refirió en 3 ocasiones; y que en dos de sus epígrafes y en 38 ocasiones usa la palabra *tiempo*.

“La bomba explotará en el bar a las trece veinte. Ahora apenas son las trece y dieciséis.

Algunos todavía tendrán tiempo de salir, otros de entrar”.

Wisława Szymborska

“Es el tiempo de Dios que aflora un día, que cae, nada más, madura, ocurre, para tornar mañana por sorpresa es un estéril repetirse inédito”.

José Gorostiza

Que en breve tiempo durante los últimos tres meses Emmanuel Macron gastó veintiséis mil euros en cosméticos; que se piense que el estado de la Tierra hace trescientos millones de años fuera particularmente hermoso, porque aún no había hombres y porque las flores aparecieron al mismo tiempo que los dinosaurios; que Rajoy sea incapaz de dominar la situación, haya actuado con increíble torpeza y que durante largo tiempo no pudiera formar nuevo gobierno; que haga falta una palabra que englobe las nociones de mal y bien, al mismo tiempo; decidir si estamos mejor ahora o en tiempo de los Borgia; que el teorema matemático, durante mucho tiempo atribuido a Pitágoras, no fuera descubierto por él sino por los babilonios, quienes lo precedieron por más de un milenio; que sean impresionantes las correcciones y marcas que aparecen en las pruebas de imprenta de *En busca del tiempo perdido* de Marcel Proust; que el enorme socavón reparado en muy breve tiempo en el Japón haya vuelto a abrirse de nuevo; que en tiempos de intolerancia, los extremistas ganen; que Glenn Gould hubiese grabado dos versiones por lo menos de las Variaciones Goldberg de Bach,

en las cuales el tiempo de interpretación varía de manera exorbitante; que la novelista Fumiko Enchi, que para Marguerite Yourcenar era la más grande escritora de todos los tiempos; que se considere una falta recurrir demasiado al pronombre relativo *que*: no obstante, Quevedo lo usaba todo el tiempo y también Cervantes; o que en *The Economist* del mes de mayo se leyera que han inventado un anillo que inyecta en la vagina al mismo tiempo un fármaco contra el sida y un anticonceptivo.

Otra de las maravillas que descubrí, además de las tantas que no sabía, es que a través de un *bot*, (un *robot*), un programa creado a partir del Teorema de Markov¹, se pueden construir posibles combinaciones de palabras a partir del total de las usadas por Margo, a través de un análisis semántico; es algo así como una versión probabilística del texto a partir de combinaciones de palabras y la estructura del mismo, en donde la palabra anterior es la que define la siguiente palabra probable; una variación, como las variaciones Goldberg en la interpretación de Glenn Gould que elogia y disfruta Margo. Si me permiten les comparto algunas variaciones del texto y a Margo le daré la versión completa conformada por 157 369 palabras y creada a partir de los 13 058 términos que ella usa y que construyen un universo paralelo de su texto. Por supuesto, si ella así lo quisiera, podríamos continuar jugando a los espejos y volver a pasar la segunda versión del texto por el programa de Markov y crear otra versión con las mismas palabras, buscarle algún sentido, tal vez crear otro universo paralelo al cual referirlo, en donde todas las leyes, las de la física y las semánticas, se sometan a las variaciones cuánticas propiciadas por el observador/lector. Seguramente el título de esa nueva versión sería una variante del verso de Sor Juana. Y por decirlo todo, nada decía.

Comparto algunas de las variables del texto de Margo que dan muestra de la combinaciones probables de *Y por mirarlo todo, nada veía*.

que Gustave Flaubert haya dicho que se declare una alerta por la foto de la onu que mientras más pequeños sean sus testículos, más abnegados serán los padres que Pessoa escribiera a menudo frases como ésta: Soy las ruinas de Palmira que el fenómeno del Niño como todos los glaciares amenazados del mundo es de índole cuantitativa,
que sea conmovedora la última gran representante de los republicanos y sigan apoyando al actual presidente de los grandes muralistas mexicanos
que sea irremediable la mezquindad del hormigón frente a un sustantivo o un adjetivo que corresponde a otro planeta,
que Benjamin Constant dijera que las bebidas light sean peores que los policías estadounidenses

¹ La cadena de Markov, también conocida como modelo de Markov o proceso de Markov, es un concepto desarrollado dentro de la teoría de la probabilidad y la estadística que establece una fuerte dependencia entre que tenga lugar un evento y un evento anterior. Esta característica de falta de memoria recibe el nombre de propiedad de Markov.

que haya muerto muy joven, en la cama, pueda causar depresión pero permite ahuyentar a los amigos de las Naciones Unidas como un hecho incontrovertible y que éstos fueran necesarios entonces para conservar la comida que Kafka fuera vegetariano y le tuviera miedo a la figura exacta de la producción de huevos anormales en los Estados Unidos por la muerte de Juan Gabriel.

Después de este ejercicio, celebro que Margo empiece y termine su libro con Kafka. Que el primer epígrafe sea de él: “Afortunadamente la incongruencia del mundo es de índole cuantitativa. La historia de los hombres es un instante entre los dos pasos de un caminante”; y que lo haya terminado citando lo que Kafka escribiera en sus diarios: “Todos los días tengo que escribir por lo menos una frase en mi contra...”.

Margo recuerda a Kafka 21 veces en su libro. Una de ellas se trata de un pariente del autor, seguramente carnicero; en todo caso una de esas personas que consideraba que escribir es una pérdida de tiempo. Kafka es el autor más citado en el libro, nueve veces más que Sor Juana, 10 más que Borges. Acaso porque Kafka le habla al oído, porque pregunta o afirma lo que ella se pregunta, o sabe, o le inquieta o le duele: que a veces llevamos abiertamente el vacío en el rostro; que resulte imposible salir de uno mismo; que las cicatrices acompañan nuestra vida más que la mayoría de la gente; que no hay manera de engañar la soledad, que es lo único que tenemos; que pensar en la muerte angustia, y que el miedo terrible a morir nace porque aún no se ha vivido, o nace por la manera como imaginamos nuestra muerte; que esperamos el cuidado de quienes amamos, que nuestra historia no es más que un instante entre dos pasos.

Aunque Margo afirme que no todas las frases que dijera Franz Kafka sean admirables, por ejemplo que “un libro debe ser el hacha que destruya nuestro hielo interior”, estoy segura que, como a muchos de nosotros, el credo de Kafka le ha dado sentido a sus lecturas. “Si el libro que leemos no nos despierta como si nos golpeará el cráneo con los puños, ¿por qué lo leemos? ¿Para que nos haga felices? ¡Dios mío! También seríamos felices sin libros, o, si fuera necesario, nosotros mismos podríamos escribir esos libros que nos hacen felices. Lo que en realidad necesitamos son esos libros que caen sobre nosotros como una maldición y nos perturban profundamente, como la muerte de alguien a quien amamos más que a nosotros mismos, como el suicidio”.

Margo eligió uno de los versos de “El Sueño” para titular su texto, porque ella, como sor Juana, sabe que no todo el conocimiento nos asegura que este mundo nos pertenezca; esperanza clarividente frente al silencio de la razón. Justamente esa es la riqueza de *Y por mirarlo todo, nada veía*, la pregunta.

Pero la pregunta con la que Margo inicia su texto, y las más de 58 800 palabras con las que describe las realidades y los tiempos; los quehaceres, los

afanas, las ilusiones y los descubrimientos; los recuerdos y las ausencias; lo trivial y lo trascendente, nos hace ver que apenas resentimos el bombardeo constante de mensajes y el constante intento de ser comprados, consumidos, trabajados, votados, influidos, controlados, convencidos. Que nos hemos vuelto una masa silenciosa e indiferente que todo lo deglute. Que toda solicitud es devorada como por un agujero negro. Que nos hemos vuelto apáticos. Que nos aburrimos hasta el vómito. Que el parloteo permanente se atraganta el sentido de las palabras. Que la papilla de imágenes anula toda referencialidad y convierte lo real en un todo informe, plano. Que vemos, con el mismo nivel de atención, la exposición aberrante de la intimidad trivializada de los *talkshows*, el desfile nauseabundo de las modas, los conciertos de elite en un castillo, las bodas de los ricos y famosos o los chismes inventados de sus vidas, y las imágenes de la guerra, el hambre, el dolor, la enfermedad, la pobreza o la muerte, o la injusticia y la violencia repetidas una y otra vez sin que nos toquen. Universo sin ataduras que fluye vertiginoso y que se desvanece en un haz de imágenes y signos que permite, dislocado y disperso, la opresión sofisticada que iguala, integra, homogeneiza y contiene; como el tremendo Procusto, ese personaje que en la barbarie impone a los seres su medida, su mirada unívoca, a fuerza de estiramientos o mutilaciones.

El libro de Margo es una denuncia, un grito de alerta ante la realidad seca, devastada, crítica por las contradicciones que la habitan y que la tornan destructiva.

Acaso romper la indiferencia constituye el acontecimiento ético último que nos queda para rescatarnos y rescatar nuestra vocación de esta vanidad hueca, patética y sin sentido.

El libro de Margo es un llamado de atención que propicia ese espacio de conciencia y de reflexión en torno al compromiso ético que todos tenemos con nosotros mismos, con el otro, con el mundo, con lo que nos trasciende, con la palabra y su llamado.



Yo me acuerdo*

• Margo Glantz •

A esta edad, el pasado cuenta, por eso me acuerdo y lo escribo, aunque también cuenta el presente y lo escribo. Escribo recordando a Joe Brainard y Georges Perec y le mando saludos a Rodrigo Hasbún.

Me acuerdo que colecciono noticias que aparecen en la prensa diaria.

Me acuerdo que Angelina Jolie se reconcilió con su padre.

Me acuerdo que las toronjas tienen un alto contenido de antioxidantes, ayudan a prevenir la aparición de várices.

Me acuerdo de un chofer de taxi, me explica que durante el invierno hay que comer mucha guayaba, la fruta que más vitamina C tiene.

Me acuerdo que el salmón y las sardinas son peces algo grasosos, pero justamente por esto pueden ayudar a la salud de la piel.

Me acuerdo que las moras, las fresas, las frambuesas, los arándanos son antioxidantes.

Me acuerdo que para renovar el cutis es bueno el aguacate: deliciosa fruta que contiene muchísimas vitaminas como la C y la E y combate los efectos de la edad.

Me acuerdo de una mujer que narra una batalla de cinco años contra una bacteria que devoraba su cuerpo.

Me acuerdo que no genera tanta polémica que asesinen a machetazos a un diputado en Michoacán.

Me acuerdo de una niña de 10 años que dio a luz y las autoridades sanitarias estudian si el entorno de ambos es adecuado para su crecimiento.

Me acuerdo del kanikama, producto elaborado con surimi, pasta con saborizantes y colorantes para simular centolla. De pescado no tiene nada.

Me acuerdo que salieron a la luz en Suiza manuscritos y dibujos originales de Kafka: enfrentan a sus herederos con las autoridades israelíes.

Me acuerdo de Johnny Depp le teme a las memorias de Kate Moss.

Me acuerdo que pretenden censurar el Internet y las redes sociales.

Me acuerdo de que Bernal Díaz del Castillo decía que la Malinche fue entremetida y desenvuelta. No sé por qué hoy lo recuerdo.

Me acuerdo que me parece curioso el poco tiempo que tiene de existir el tuit y sin embargo hay quienes creen que no se puede vivir sin él. ¿Será mi caso?

Me acuerdo que la vida no vale nada.

* Textos tomados del periódico *La Jornada*.



Mi amiga Margo

• Mónica Mansour •

Yo tengo una gran amiga que se llama Margo. De ella puedo decir que es brillante, entretenida, curiosa, erudita, entusiasta, impulsiva, culposa, solidaria, muy generosa, muy creativa y medio chiflada. Es una mujer fuerte y frágil a la vez: fuerte ante la mayoría de los retos y desafíos que le encantan y la llenan de energía e inventiva; frágil ante algunos asuntos antiguos sin resolver, de esos que vuelven y vuelven aunque uno crea que ya estaban enterrados para siempre. Tal vez por esa combinación heterogénea la quiero tanto.

Fue mi maestra en la facultad de Filosofía y Letras hace muchísimos años. En sus clases no sólo aprendí bastante sobre literatura hispanoamericana contemporánea; lo más importante fue que aprendí a leer de otra manera, a expresar las lecturas, a empaparme de ellas y a incorporarlas a mi vida, independientemente de cuánto me gustaran. También aprendí de mi maestra la elegancia en el modo de vestirse, peinarse, caminar, hablar, enseñar, analizar, disfrutar, o sea, la elegancia para ser como quería ser, a pesar de otros individuos que la rondaban y de algunas convenciones académicas. En esas épocas inventó y dirigió la revista *Punto de Partida*, ocasión perfecta para alentar a los jóvenes, lo cual ha sido siempre una de las actividades que más disfruta. Allí muchos de sus alumnos publicamos por primera vez en la vida: gran inicio y gran acontecimiento.

Luego vino el 68 y cada uno hizo lo que pudo, ella como profesora y yo como alumna, junto a gran parte del país.

Años después coincidimos en unos talleres literarios y empezó la amistad. Como suele hacer Margo, la sociable, un día me invitó a comer a su casa. La conversación fue múltiple y divertida, y luego me siguió invitando a comidas y cenas, hasta que empezó también un gran cariño que aumenta cada día.

Es cierto que alguna vez nos hemos enojado un poco, por algún desacuerdo no académico, pero eso se cura rápidamente. Por impulsiva, o sea por hablar antes de pensar, ha quedado mal con varios amigos; luego, cuando se da cuenta un segundo demasiado tarde, se ríe y afirma de sí misma que es “una miserable”, y todos inevitablemente la seguimos queriendo.

De su literatura no hablaré mucho, porque ya hay abundantes estudios serios al respecto. Sólo diré esto: como crítica es absolutamente brillante, lee los textos por dentro y por fuera y encuentra montones de cosas que otros lectores no han detectado, de modo que como crítica es una minita de oro. Como novelista también: recuerdo cuando tomó la decisión de que se le reconociera como escritora y no sólo como crítica y profesora, aunque ya había publicado unas novelas. Le echó muchas ganas, sin entrar en ningún grupo reconocido, y lo logró. No sólo ha explorado terrenos vírgenes en la narración y en el lenguaje, enlazando con o sin querer los muchos saberes que son parte de ella, sino que es sorprendente la variedad y evolución de su actitud frente a la novela a lo largo de los años y de sus obras. En cada una hay mucho que descubrir. Desde luego, siempre duda del resultado y titubea, pero siempre al fin de cuentas hay un resultado extraordinario.

Lo que sí mencionaré, porque me llena de admiración y también de envidia, es su impresionante memoria y su enorme erudición que le es absolutamente natural porque devora libros y luego recuerda todos los detalles. Me tocó presenciar una que otra noche algunos duelos intensos casi a muerte entre ella y la memoria y erudición, por ejemplo, de Carlos Monsiváis o de Sergio Pitol como contendientes: y nosotros, los testigos, fascinados.

Volviendo al presente: Margo es mi amiga en las buenas y en las malas. Y sigue siendo mi maestra de vida en las buenas y en las malas.





Las perlas de Margo

• Antonio Martorell •

Margo acaricia las perlas de su collar mientras pinto su retrato. Parece que las contara mientras me cuenta las historias familiares que luego publicaría bajo el título de *Genealogías*, lectura insustituible para conocer a la aventurada y venturosa autora que ata y desata las perlas de un relato sin fin, una reflexión sobre lo dicho y el decir.

Mi familia y yo tuvimos el privilegio de ser recibidos en su hogar en Coyoacán, recién llegados a México desde Puerto Rico. Arribamos a puerto seguro, cobijados por la mirada bondadosa y el cuestionamiento lúdico de una mujer singular. Siempre retorno a Margo dulcemente aunque estemos lejos. La leo, la oigo, la siento cerca.



La dama de la mano en la mejilla

• María José Rodilla León •

Decía Gonzalo Fernández de Oviedo en su obra caballeresca, *Claribalte*, que “mucho biuiendo o largamente leyendo o mucho andando [...] por virtud destas tres maneras son los hombres sabios y salen de las ynorancias comunes del vulgo”. Margo Glantz es una mujer sabia y cumple a cabalidad las tres: no dudamos de sus verdaderos años, a pesar de su eterna juventud. Continuamente se prueba a sí misma en el esfuerzo de subir escaleras sin descansar y nos deja cansados a los que la miramos; las huellas de sus ingentes lecturas aparecen en todas sus obras y, como diría Paul Zumthor, ella es, como los caballeros andantes de aventura, una heroína vencedora del espacio, una *Mulier viatrix*, una auténtica viajera capaz de medir la tierra con sus mismos pies para volverla escritura cargada de resonancias, olores y sabores. Esta dama de la mano en la mejilla, como podemos verla en alguna fotografía, es capaz de medir la tierra con sus mismos pies para volverla escritura cargada de resonancias, olores y sabores. Lo mismo holla el desierto de Atacama, que el de Australia, contempla la roca de Ulurú al atardecer, se acerca a un geysir a 4700 metros, a los sitios arqueológicos de Nazca o de Uxmal, a las lagunas volcánicas en las que anidan flamencos; sube pirámides, compra artesanías, ropa, zapatos y bolsos y cuando regresa a México se pregunta por qué ha comprado tanto, obviamente para regalar, porque, aunque ha acuñado el adjetivo “miserable”, que lo suelta a cada rato, ella es precisamente todo lo contrario y sabe que los bienes si no son compartidos, no son bienes.

Tiene los armarios repletos de aretes, de bolsos o *foulares* de diversos países y artesanías mexicanas para ir regalando en cada ocasión que se le presenta.

En su oficio de narradora, le gusta jugar con el lector a que no sabé qué rumbo tomará su escritura o cómo llamará a sus personajes; a veces, adopta una voz de afectada modestia y compara su inferioridad en la escritura con la de la naturaleza americana que divulgaba Buffon o con la de los perros que descubrió Colón que no ladraban y carecían de pelo. Otras, su voz es casi picaresca y con un gran humor —sospecho que heredado de su padre—; habla desenfadadamente, como lo haría una voz picaresca, de la familia que llegó de Ucrania y se asentó en calles de poca monta, en barrios polvorientos con negocios de zapatos de imitación de 23 pesos con 50 centavos.

De “alma rusa encimada al alma mexicana”, Margo le “da cuerda al recuerdo” y narra fascinantes historias boreales de estepas blancas, de zares y cosacos y de travesías en barco hacia América, que vivieron sus padres; los diferentes oficios en México que tuvieron: vendedores de pan, de guantes y bolsos, cafeterías, restaurantes, galerías y zapaterías. Su infancia en las calles del Centro Histórico está narrada con una gracia incomparable: los cambios de escuela, los piojos, las películas, los juegos con sus hermanas, sus llantos como diluvios, su primer y único amor: Gérard Philippe y las magníficas fotografías que ayudan a su memoria con la nostalgia.

Margo es la única persona que sabe dónde están los sesamoides, que no son los montes que albergan la cueva de Alí Babá sino unos huesitos del metatarso, información muy necesaria para su planta del pie y para su escritura, la cual no puede llevar a cabo si no está elegantemente calzada con unos Ferragamo o unos Blahniks, como su trasunto, Nora García, que no pudo resistirse a caminar por la vida con zapatos de diseñador, aunque tuviera mentalidad de abonera que compra a plazos.

Cómodamente calzada y elegantemente vestida, en su magnífico estudio rodeado de plantas y colibrís, se enfrenta a la computadora, que se ruboriza o “enrojece” cuando pone palabras no registradas en su memoria o políticamente incorrectas, a las que extrae sus etimologías, y las conjuga no sólo con ayuda del diccionario, sino también según los pisocanalistas, los poetas y “los que dominan o mandan”, que son los que deciden qué significan. Reflexiona constantemente sobre el acto de escritura como “una contrahechura de la realidad”, “como posibilidad de sobrevivencia”, como una “labor de la mano”, como “una actividad sospechosa y vigilada”, sobre todo, si es femenina.

Margo ha trabajado con fruición a las mujeres: Sor Juana, La Malinche, María de Zayas; le fascinan los cronistas del Nuevo Mundo, acaso por su calidad de viajeros: Colón, a quien su padre también dedicó un extenso poema en yidish; Bernal Díaz del Castillo, Cabeza de Vaca y sus naufragios por toda la costa oriental de la Nueva España; sobre pintores ingleses: Francis Bacon, Stanley Spencer, Lucien Freud; poetas franceses: Rimbaud, Baudelaire; pensadores y filósofos: Paul Celan, Primo Levi, Walter Benjamin; músicos italianos: Alessandro y Domenico Scarlatti, Farinelli.

Le obsesionan algunos temas como el holocausto, que prefiere llamar exterminio, el naufragio, la desnudez, la moda, la escatología, la cocina y sobre todo, los viajes, de los que registra todo lo que ve o le acontece en una suerte de diarios o memorias del instante, en lugar de tomar fotografías, aunque sean grandes evocadoras de nostalgias; y así, convierte su deambu-

lar en palabras de enorme poder sugestivo con las que recupera impresiones y recuerdos y es capaz de contagiar tal pasión con su escritura, que mueve a otros *viatores* y *viatrices* a emprender el camino, como me sucedió a mí, gracias a sus tres viajes a la India, recogidos en *Coronada de moscas* (2012), y entremezclados en un maravilloso relato sobre el subcontinente asiático que la obsesiona a la vez que le “causa espanto su hermosura”. Aunque Margo ha viajado toda su vida sin parar: Europa, Australia, Estados Unidos, y ha vivido en algunos países por periodos de tiempo considerables, como profesora invitada o con cargos diplomáticos, llama la atención su reincidencia en la India, ya sea repitiendo itinerarios o conociendo otros nuevos, pero siempre con una nueva mirada del paisaje y las ciudades, los templos, los ritos, los habitantes y los objetos bellos, que prefiere contemplar con parsimonia y delectación, a pesar de la impertinencia de los molestos guías que hablan demasiado y tratan como ovejas a los turistas. No para ni parará de viajar porque sin viajes ella dice que no tiene futuro y es que Margo Glantz padece *la fiebre del camino*, y sigue, como Telémaco, las huellas de su padre.





Margo

• Cristina Barros •

Margo Glantz, amiga querida, entrañable. Nuestra amistad no surge directamente en las aulas. No tiene que ver con su escritura, con su trabajo intelectual, aunque de vez en cuando me llama para leerme un fragmento, una página, para intercambiar un comentario. Es más bien una suerte de fraternidad por elección que se ha tejido con los años; descansa sobre todo en lo personal y hogareño. Así va de Margo a sus hijas Alina y Renata; también a sus nietos. En especial hacia Renata que por haber vivido en casa una temporada se hermanó con mis hijas fortaleciendo los lazos de amistad.

¿Qué decir entonces desde la razón cuando se está en el terreno del afecto? ¿Cómo describir a la amiga cuando sobre ella no hay juicio?

La amiga generosa, magnífica anfitriona—las mesas de los miércoles con toda la familia reunida—. La Margo que viaja por vocación, por afán de conocer, de encontrarse con los amigos que va dejando en cada lugar que visita y que perduran por años.

La intelectual brillante, lúcida que sufre hasta la angustia el proceso creativo, para luego presentar una joya de facetas múltiples, con que cautiva a su público...

La dueña de Lola, la perrita inolvidable. La que analiza sin ambages la situación nacional...

Margo madre-abuela-amiga, bien vestida siempre hasta para andar por casa. La que sortea con energía inusual cirugías, asaltos y caídas... Nuestra querida Margo amante de los reflectores...

La suma de todas esas *Margos* es la Margo que tanto queremos y cuya vida celebramos hoy con alegría.





*El deseo de estar al tanto de todo:
una entrevista a la escritora Margo Glantz*

• Fabián Buelvas •

Según consta en Twitter, la escritora Margo Glantz (Ciudad de México, 1930) abrió su cuenta en esta red social en marzo de 2011. Desde esa fecha hasta hoy —mediados de noviembre— ha publicado 46 840 mensajes entre tuits y retuits, lo que equivale a poco más de 16 trinos al día. Tiene también un activo perfil en Facebook, y un blog en WordPress que no actualiza desde marzo de 2011 y que —podría suponerse— perdió la batalla frente al más conocido de los sistemas de *microblogueo*.

Glantz, creadora de una literatura fragmentaria, observa ciertas similitudes entre su forma de escribir y la arquitectura de Twitter y Facebook. “En mi caso —aclara— busco construir desde la fragmentación”, mientras que en las redes sociales la fragmentación es la característica principal de una comunicación que parece no ir a ninguna parte.

Desde su experiencia como usuaria y crítica de las redes sociales, Margo Glantz escribió *Y por mirarlo todo, nada veía* (Sexto Piso, 2018), un bello e inquietante libro que, a primera vista, se asemeja a la avalancha de noticias banales e inconexas tan propias de las redes sociales, pero que pronto se revela como un texto en clave biográfica con el que la autora pretende ordenar el caos.

La composición de Y por mirarlo todo, nada veía es extraña: a primera vista parece una saturación de noticias. ¿Cómo convierte uno tanta información en literatura?

Llevo siete años en Twitter y casi trece en Facebook. Me acerqué a estas redes sociales con una conciencia crítica, queriendo saber qué sentido tenían. Al usarlas me fijé que tenían ciertas coordenadas muy interesantes de analizar y que la gente, por la frecuencia con que usa estos medios, no se pregunta por ellos. Desde que entré a Facebook me pareció muy curiosa y preocupante la forma como los usuarios aceptaban la autoridad de la red a partir de sus preguntas totalmente organizadas: advertí que la gente respondía de una manera sumisa. Así empecé a trabajar un texto que pensé en llamar *Los estados*, la respuesta al “¿Qué estás pensando?” de Facebook. Estuve cinco meses escribiendo estados, pero luego decidí que mejor haría una colección de frases y noticias que me parecían rescatables, algo que hago desde hace muchos años, pero que no había utilizado. En Twitter también comencé a ver noticias extraordinarias, en parte debido a la yuxtaposición de elementos que hay esa red social, donde la gente lee cosas muy diversas casi al mismo tiempo, lo que hace que sea muy difícil jerarquizar. La capacidad de jerarquizar es algo que se ha perdido con las redes sociales, así que quise hacer un alto en el camino, juntar frases y noticias y empezar a hacer un libro con eso.

Antes, la jerarquización de las noticias estaba dictada por las secciones del periódico o el noticiero. Ahora, las redes sociales permiten a las personas escoger qué información recibir, algo que fácilmente se vuelve un caos.

Las redes sociales nos llevan a formar jerarquías muy banales, o simplemente a no hacerlas. Eso nos lleva a ser incapaces de distinguir entre literalidad e ironía, que es una de las formas de crítica más importantes. Ironizar implica calibrar lo que se está diciendo y verlo en toda su dimensión. La gente no debe dejar de jerarquizar e ironizar, o terminará perdiendo su conciencia crítica.

Esa incapacidad para la ironía, tan evidente en las redes sociales, lleva a los usuarios a pedir constantemente respeto, como si la ironía se tratara exclusivamente de una burla. ¿No es algo fascista eso?

Las redes sociales son peores que lo imaginado por George Orwell. Él pensó que el Big Brother sería la televisión, pero las nuevas tecnologías han impuesto un autoritarismo terrible, capaz de lavar cerebros, muy distinto al que se efectuaba en los países totalitarios del siglo pasado. El de hoy es

un autoritarismo bastante subrepticio, pero más perverso. Últimamente, las redes sociales se están convirtiendo en algo maléfico. En India, por ejemplo, la distribución de noticias falsas ha llevado a cometer asesinatos terribles; a través de acusaciones de violación sin pruebas, el pueblo lincha a supuestos victimarios. Twitter es una red que permite a los usuarios enterarse rápidamente de lo que pasa, ahorrando el tiempo que uno pasaba leyendo periódicos, el problema es que el tiempo que ahorras lo pierdes en esa y otras redes, sin comunicación cercana con los demás. Twitter es el egoísmo y la soledad masivas.

¿No será que esos comportamientos, más que ser causado por las redes, son simplemente la expresión real de lo que somos?

Las redes sociales están respondiendo a algo. En Facebook, la gente cuenta sus intimidades, sus banalidades, y más gente contesta. “Me siento muy solo porque se ha muerto alguien, apapáchenme”, “estoy enfermo”, “me rompí un brazo”, todas estas anécdotas que antes se compartían con la familia o amigos cercanos, se han vuelto abiertas al público, haciendo una especie de psicoanálisis de banqueta. Las redes también han influido en las elecciones norteamericanas, tanto para Obama como para Trump, han provocado actos racistas que legitiman el odio y confusiones que terminan en muertes. Pero todo eso ya existía.

El libro también es interesante porque permite ser replicado. Alguien podría hacer un libro bajo los mismos principios, pero se sabe de antemano que el resultado será distinto.

Tengo un libro llamado *Yo también me acuerdo* (Sexto piso, 2014) que escribí siguiendo la tradición de dos escritores que considero importantes: Joe Brainard, que además era artista plástico, y Georges Perec. Brainard escribió un libro de memorias llamado *Me acuerdo* (1970) y Perec, que lo leyó, escribió poco después *Me acuerdo* (1978). Un amigo me pidió hacer un texto semejante y terminé escribiendo *Yo también me acuerdo*, que es un libro muy personal a pesar de seguir una genealogía.

Y por mirarlo todo, nada veía también es un libro personal, una autobiografía. ¿De qué manera se integra el mundo externo, en apariencia objetivo, con la también aparente subjetividad de lo personal?

El libro es un trabajo consciente e inconsciente en el que privilegio el fragmento, por esa obsesión e incapacidad mía para manejar el canon tradicional de la literatura. Yuxtapongo diferentes sucesos que las personas to-

mamos como un todo y que, al hacerlo, terminamos naturalizando; al no detenemos en ellos, los convertimos en estadísticas, consignas y eufemismos, lugares comunes que enmascaran lo que ocurre. Para mí, *Y por mirarlo todo, nada veía* tiene un sentido estético, pero también político. Cuando Perec escribió *Las cosas* (1965), el consumismo mundial apenas iniciaba y pocos lo notaban, pero él notó que ya empezaba a cambiar la mentalidad de la gente con la idea de que la felicidad está en obtener muchas cosas; en ese sentido, es importante que la literatura muestre aquello que está sucediendo de una manera normalizada, pero que va cambiando la mentalidad de la gente.

Ese canon tradicional que menciona está desapareciendo. ¿Qué implicaciones tiene esto?

Empecé a publicar a los 47 años por cuenta propia, porque los editores consideraban que mis libros no eran publicables. Cuando escribí *Las genealogías* (1981), el editor estaba indeciso porque no sabía si iría en la sección de novela o en biografía. Ahora el género no es importante: se escribe cualquier cosa en los intersticios, hay otra forma de hacer las cosas. ¿Por qué se habla de la muerte de la novela si nadie escribe como Balzac o Flaubert? James Joyce, Marcel Proust o David Markson ya probaron que no hay una única forma de narrar. Yo también tuve que encontrar mi forma.

¿Y cómo resumiría esa forma?

La literatura excesivamente documental, mediata y realista sobre lo que está sucediendo puede ser intrascendente, porque la denuncia es tan a flor de piel, tan poco elaborada, que no impacta. Es más importante leer *Los viajes de Gulliver* (1726), de Jonathan Swift, una parábola que dice mucho de la realidad del siglo XVII inglés, que un texto documentado. Si bien no hay que ningunear los géneros, la literatura tiene que elaborar muchísimo más para tener la capacidad de penetrar en el lector.



Estas ruinas que ves...

• Margo Glantz •

México es una ciudad en donde mucho de lo que se construye acaba en la ruina y, por imprevisión, algunos de nuestros monumentos más antiguos y bellos se degradan, a veces de manera irremediable. Pongo un ejemplo de mi barrio: en la plaza de la Conchita, uno de los edificios más emblemáticos de Coyoacán, la capillita situada frente a la casa de la Malinche, también muy maltratada, está en grave peligro por falta de coordinación entre las distintas autoridades de las que depende y los diferentes delegados a los que hemos dado nuestro voto, son impresentables.

No hay remedio, cada vez es más vigente el título de la novela de Jorge Ibarbengüengoitia, premiada en 1975.

A veces no me queda más remedio que atravesar la ciudad y tomar el periférico, perpetuamente en construcción. Antes de llegar a él, debo pasar por distintas avenidas cada vez más transitadas donde se exhibe la flora y la fauna de la ciudad, ahora exacerbada por ser tiempo de elecciones: un desfile de ciclistas lleva a rastras un enorme letrero anunciando a Priscilla, nombre de pila de una candidata a diputada por el PAN; al lado, en los postes y en los árboles —o donde puedan colgarse— otros carteles promoviendo a candidatos a senadores, a delegados, a diputados de todos los partidos, algunos de los cuales son prácticamente ilegibles por las inclemencias del tiempo, es decir, y con palabras redundantes, están hechos chicharrón, además de producir un cúmulo de basura que deberá ser eliminada o se alinearán en montones poco pulcros en las esquinas, la basura de los verdes, los del PRI, los de PAN, los de PT, los del PRD: difieren sus colores pero no la sonrisa de sus rostros, perfecta, como si acabasen de salir del consultorio de un dentista dedicado a la cosmética oral y maxilofacial. Entreveo varios anuncios, representan a un candidato regordete, copetudo y cachetón, un verdadero clon de Enrique Peña Nieto, obviamente del PRI (¿Se imaginan?, ¿un gobierno repleto de clones cachetones?).

Bocinazos, aire contaminado e innumerables vehículos circulan a vuelta de rueda por Miguel Ángel de Quevedo, el apóstol del árbol; y al llegar al

semáforo se apelmazan numerosos vendedores de paraguas, de espejos, de lámparas, de mapas y, junto, malabaristas y payasos; de pronto, la voz célebre y gangosa del vendedor de tamales —tamales calientitos, tamales oaxaqueños—, compitiendo con la angustiada y morosa de alfombras, colchones, refrigeradores, lavadoras, estufas... que renueva el clásico pregón fierros viejos que vendan; asimismo, reaparecen los que ofrecen alegrías, flores o camotes, palabra impronunciable en esta región.

Después de muchos contratiempos llegamos al periférico con sus enormes bloques de cemento armado al lado del camino, unos nuevos y otros ya oxidados, zanjas excavadas, grúas, camiones con material, puentes provisionales y frágiles, cerca de otros inutilizados por las nuevas obras, algunos obreros, pocos en verdad, un panorama realmente macabro: la inefable y reiterativa construcción de ruinas.

Como ya no es hora pico, el taxi donde viajo empieza a ganar velocidad y cuando el segundo piso ya instalado no me lo impide puedo ver los anuncios espectaculares de ropa interior o diversas marcas de whiskeys, rones, tequilas y películas, series televisivas a punto de estrenarse, al lado de los carteles de propaganda electoral; también nuevos edificios en hilera construidos a toda prisa para sustituir casas o edificios más antiguos. Sepultado entre escombros y varillas alcanzo a ver un piano Petroff, objeto, pienso, casi obsoleto; más adelante dos antiguos conventos, fundados en el siglo XVIII a las afueras de la ciudad, uno de ellos convertido ahora en museo de la cartografía, cuyo acervo nadie consultará porque su acceso es infranqueable. Por una de las laterales intenta entrar un camión del ejército, va repleto de soldados con sus flamantes uniformes y una amplia sonrisa ilumina sus rostros ¿Por qué estarán tan contentos?



Viajes

• Margo Glantz •

En Calcuta, en un barrio muy popular, en una esquina, cerca del templo de la diosa Kali, un hospital fundado por la madre Teresa, edificio de estilo inglés cuyo portón ostenta un letrero que corrobora su carácter. Nuestros guías, jóvenes universitarios, conocen bien el barrio y pueden protegernos de encuentros desagradables; aceptan entrar con nosotras, pero una monja albanesa les prohíbe el paso y los trata como si fueran malvivientes, a pesar de que un sacerdote, vestido como para ir a un safari, los saluda con cariño. Furiosos, deben permanecer en la calle: profesan el hinduismo; uno de ellos pertenece a la casta de los brahmanes, es gentil y sus ojos, de un verde intenso, son bellísimos.

La albanesa nos conduce a la primera sala, donde se alojan los enfermos mentales, revueltos los niños, los jóvenes y los viejos: gesticulan, gritan o permanecen alelados; la segunda es sólo para mujeres y tiene desniveles: en el más alto, las desahuciadas; junto a una cama, un sacerdote administra los santos óleos; una agraciada joven española que pasa dos semanas en el hospital todos los años y trabaja en un banco en Madrid nos explica que se trata de una mujer a quien su marido le ha echado ácido en el cuerpo y en la cara. Este tipo de accidentes —si así pueden llamárseles, eufemismo que me recuerda la expresión daños colaterales con que en México se explica oficialmente la muerte de civiles en la guerra contra el narcotráfico— son muy corrientes en la India y en otros países del cercano y lejano oriente, aunque en Europa y otros países desarrollados tampoco se cantan mal las rancheras.

Me viene de inmediato a la mente el caso de Chahrazade Belayni, joven marroquí de 21 años, a quien su novio, un paquistaní, le arrojó gasolina y le prendió fuego; procesado luego en París, donde ambos vivían, fue condenado a 20 años de prisión. Para ella, este atentado es simbólico, refleja la continua violencia que sufren las jóvenes musulmanas o indias en los suburbios franceses. Otro caso, entre los habituales, el de una joven de 17 años, Sohane Benziane, quemada viva por su novio en Vitry-sur Seine. Chahrazade Belay-

ni sobrevivió a sus quemaduras; después de varias operaciones para restaurarle 60 por ciento de la piel, ha quedado traumada para siempre tanto física como psicológicamente.

La justicia no actúa por lo general así en la India; las mujeres, desprotegidas por la costumbre, son a menudo lesionadas gravemente o muertas por sus esposos y sus familias sin que se les castigue: se trata de crímenes de honor o de rencillas por la dote.

Salimos del hospital muy conmovidas. Cerca está el templo de la diosa, en la calle los numerosos vendedores ofrecen reliquias, estatuillas y máscaras de la divinidad negra que se representa con la lengua de fuera y un collar de cráneos humanos; venden asimismo figuras diminutas de metal con diversos dioses de la religión hinduista; al lado los atuendos con que se les puede ataviar como si fuesen Barbies, no para jugar sino para venerarlos y colocarlos en un altar doméstico.

Hay golosinas y comida también. Nuestros amigos compran dulces, nos los ofrecen, yo tomo uno y me lo pongo en la boca, es una especie de mazapán; Myriam me mira aterrada, me hace señas de que lo tire: uno de los jóvenes invitados a la feria del libro y que comía todo lo que se encontraba en la calle tuvo que ser transportado a un hospital y regresar a México de urgencia. El dulce se me atora en la boca, trago saliva y un poco de esa materia pegajosa se me pega a los dientes, me adelanto un poco y escupo, tratando de evitar que nuestros hospitalarios amigos lo adviertan y se ofendan.

Montones de basura impiden avanzar rápido, cerca de uno de ellos, sentado en el suelo, un joven de alrededor de 15 años juega con una niña de bellos ojos negros vestida con un traje de lentejuelas. Los mendigos nos acosan cerrándonos el camino; son los tullidos, los leprosos, los ciegos, los llagados, los parias, los intocables.

